

*LOS PROBLEMAS DEL MAR ROJO, ENTRE LAS CRISIS  
DEL MUNDO ARABE Y AFRICA NEGRA*

El último trimestre del año 1966 habrá quedado marcado en la trayectoria de la evolución del llamado «tercer mundo» como una etapa esencial, que, paradójicamente, habrá señalado a la vez una mayor asociación y una grieta de rotura parcial entre los países de la Liga Árabe y ciertos sectores del pan-africanismo agrupados en la O. U. A. Los viajes que en octubre realizó el emperador etíope, Haile Selassie, fueron un punto clave entre el pasado reciente y el porvenir inmediato del africanismo general y sus derivaciones regionales. El sector en el cual esos viajes sirvieron para llamar la atención hacia un núcleo fundamental de reagrupación geopolítica es el de los países y territorios que rodean al mar Rojo. Allí, tanto la prolongación de la confusión del Yemen como los anuncios de las evacuaciones inglesa en Aden y francesa en Yibuti, pueden iniciar una situación confusa de trastornos, no ya arabo-africanos, sino internacionales. Las gestiones previas entre los países del sector del mar himyarita, desde Suez a Bab-el Mandeb, pueden buscar un arreglo limitado a los Estados del «cuerno de África» y la Arabia del Sur.

En el problema de la actual Somalia francesa se encuentra el punto de partida del nuevo tema del mar Rojo, tanto respecto a la definitiva fijación de las fronteras alrededor del referido Bab-al Mandeb como sobre el reparto de las fuerzas de presión que aprietan sobre todos los países africanos y arábigos que dan al Océano Índico. Sin olvidar las repercusiones que dentro del grupo de países de la Liga Árabe tienen los destinos del mar Rojo sobre la pugna de influencias entre los gobernantes calificados como «feudalistas» y los que se llaman a sí mismos «progresistas».

El punto de sacudida de Yibuti comenzó cuando después de los incidentes que allí se produjeron durante la visita del general De Gaulle, el mismo Pre-

sidente de la República francesa se apresuró a hacer anunciar que los habitantes de la denominada «Costa francesa de los Somalíes» serán convocados a un referéndum, con objeto de que manifiesten si su voluntad es permanecer dentro del conjunto francés o salir del mismo. El referéndum deberá celebrarse antes del 1 de julio 1967. Al anunciarlo a través de la radio de Yibuti, el gobernador de la colonia, Luis Saget, recalcó que en el caso de optar por la independencia esto significaría «el riesgo de la aventura», pues entonces París se negaría a seguir prestando ninguna clase de ayuda técnica, militar ni financiera. En realidad, la vida de Yibuti y su zona depende casi absolutamente del tráfico de su puerto franco, donde hacen escala más de tres mil barcos anuales; pero ese tráfico se basa en una red de enlaces que sólo Francia regula y estimula.

La casi absoluta imposibilidad de que la reseca y reducida costa francesa de los somalíes pueda subsistir económicamente como país independiente, se acrecienta y agrava en lo político, puesto que Yibuti es geográficamente sólo un gozne que sujeta un borde confuso entre el imperio de Etiopía y la República de Somalia. Hasta ahora todas las previsiones de los comentaristas de diversos países europeos coinciden en creer que la evacuación francesa sería seguida de una pugna sangrienta entre los dos núcleos raciales que habitan Yibuti; es decir, los danakil o dankalis, de estirpe abisinia, y los somalíes, análogos a los de la república contigua. Sin embargo, los «líderes» de los dos partidos de oposición pro-somalí y pro-etíope han establecido entre ellos un acuerdo provisional, acordando nombrar una junta mixta que recogería el poder en caso de urgencia. El partido local pro-somalí de Yibuti es el P. M. P. (Partido del Movimiento Popular), presidido por Mussa Ahmed Dris. El partido pro-etíope es el de la Unión Democrática Afar, dirigido por cierto Ras Cheicko. Ambos habían solicitado previamente la autonomía de las autoridades francesas, y desean que la independencia comience por una etapa de transición con gobiernos repartidos, para evitar una doble contienda civil primero, y de Somalia contra Etiopía, luego. Una entidad mixta y neutral podría entre tanto enviar observadores o controladores. Esta podría ser la O. N. U. o quizá también la O. U. A. (Organización de Unidad Africana). En noviembre, durante la Conferencia Cumbre celebrada por la O. U. A. en Addis Abeba, su Comité de Liberación adoptó una resolución, invitando al pueblo de Somalia francesa a acoger sin reserva el referéndum propuesto, para recoger en seguida una independencia efectiva y determinar más tarde su forma de regirse.

La decisión de la O. U. A., que podría llegar a enviar una comisión de traspaso y un núcleo simbólico de tropas mixtas, salvaría de momento la

amenaza de guerra abierta entre las naciones de Somalia y Etiopía; pero no eliminaría las causas de fricción, puesto que la generalidad de las fronteras del imperio etiópico o abisinio se encuentran en pleitos de fijación. Por arriba, en toda la región federada de Eritrea se extiende un impaciente movimiento autonomista o separatista entre los musulmanes de aquel litoral y muchos de los emigrados eritreos que estudian o trabajan en Aden, en Bagdad, en El Cairo, etc. Por abajo, los gobernantes de Mogadiscio siguen reclamando, cada vez con más energía, la provincia abisinia de Ogaden y la faja fronteriza de Kenya.

Etiopía está en gran parte sostenida por los Estados Unidos de Norteamérica, que han organizado sus aviaciones, militar y civil. Kenya cuenta con la ayuda de Gran Bretaña, que ha organizado sus estructuras administrativas y su gendarmería. Somalia, bajo apoyo de la U. R. S. S., tiene la fuerza mayor, con 1.200 oficiales instructores y una cobertura aérea de 200 aparatos. Hay ya a favor de la República de Mogadiscio varios factores de ventaja y el equilibrio podrá romperse del todo cuando Gran Bretaña evacúe el protectorado de Aden en enero de 1969 (y acaso también sus zonas del Golfo Pérsico en 1972). Queda como fuerza local afrooriental no totalmente comprometida la de la R. A. U., cuya influencia difusa se extiende por diversas partes, incluso dentro de la misma Somalia, y entre los musulmanes de Eritrea, Kenya, Tanzania, etc.

Precisamente en Tanzania, la visita que realizó el Jefe de Estado de la R. A. U., entre el 22 y el 29 de septiembre, fue como una piedra de toque de las orientaciones y las posibilidades árabo-unidas, en los sectores africanos orientales. En un discurso pronunciado ante el parlamento tanzaniano, Gamal Abdel Nasser hizo una exposición completa de los problemas pendientes en el Próximo Oriente arábigo, encareciendo la utilidad de que con sus soluciones se sintiesen vinculados los países tropicales de aquel sector. Así, por ejemplo, refiriéndose a la actuación del sionismo israeliano contra los árabes palestineses expulsados de su patria, Abbel Nasser recordó que en los comienzos de la organización sionista se trató de entregar Tanganyca a los colonos judíos, y fueron instalados muchas familias, aunque no lograron arraigar. Si se hubiesen quedado, Tanzania presentaría ahora el mismo paradójico carácter que Rhodesia del Sur, donde todos los poderes gubernamentales están en menos de solo 222.000 colonos extranjeros, a costa de 3.618.000 habitantes autóctonos.

Los diarios de lengua francesa, que se publican en El Cairo, escribieron lo siguiente, a propósito de las conversaciones de Dar es-Salam, entre los presidentes Nasser y Nyerere: «Afrique arabe et Afrique noire se retrouvent ici en une seule Afrique». Rebajando luego el contenido de dicha afirmación, fue indudable que en aquel punto de las costas orientales se apuntó un nuevo modo de cooperación regional, cuyo fundamento geográfico podría ser la semejanza de posibilidades y soluciones de agrupación en los países de la cuenca del Nilo. En agosto del pasado 1965, la nueva fórmula se había iniciado (también en Dar es-Salam) como resultado de las conversaciones oficiales entre el entonces primer ministro del Sudán, Ahmed Mahyub, y el segundo vicepresidente de Tanzania, Rashid Kuama. Ambas partes convinieron en ayudarse para la «valorización conjunta de sus espacios comunes».

Después de Tanzania, la atención de los gobernantes sudaneses se ha dirigido hacia Egipto, sobre todo con el propósito de estudiar la aplicación al Sudán de los métodos de desarrollo agrícola, industrial, sindical y educativo, puestos en práctica por la revolución egipcia. Durante la primera decena de octubre estuvieron en el Cairo, el Jefe de la Comunidad religiosa islámica de los Ansaríes y presidente del partido gubernamental, Umma, Sayed Hadi el Mahdi; el Jefe de la Comunidad islámica, Mirghaniyya, Sayed Mohammed Osman el Mirghani, y una numerosa delegación de los grupos sudaneses, llamados «progresistas, guiados por el Chej Abderrahman, que es Jefe del Partido Demócrata. Tanto ellos como una delegación parlamentaria tanzaniana, que llegó a la vez (llevando al presidente de su Asamblea, Adam Mkawawa), visitaron los centros políticos de la Unión Socialista Arabe, las ciudades industriales textiles, la gran presa de Assuán, etc.

El hecho de que la R. A. U extienda sus factores de atracción africanos inmediatos, aunque al mismo tiempo tome con mucho nuevos empeño, sus actividades en la Liga Arabe es, desde luego, uno de los factores determinantes del interés despertado por la etapa egipcia, dentro del recorrido que el Negus hizo en octubre. Además, en el día 2 del siguiente noviembre se cumplían veinticinco años desde la fecha en que Haile Selassie fue coronado. Así, sus viajes entre arábigos e islámicos presentaron un doble filo.

Lo arábigo respondió en primer lugar al deseo que tiene el soberano etíope de irse desprendiendo de las onerosas ayudas de las grandes potencias, para irse apoyando en primer lugar sobre los recursos inmediatos que el Próximo Oriente puede proporcionar. Sus etapas de Kuwait y Beirut tuvieron como objetivos primordiales los sondeos para que los planes etiópicos de planifica-

ción, en obras públicas y refuerzos de las amazonas administrativas, sean consideradas como inversiones prácticas para los centros financieros libaneses y kuwaitanos. En cuanto a lo islámico, los comunicados oficiales que desde Addis Abeba difundieron el programa del recorrido del emperador, señalaron con insistencia especial, que en séquito figuraban varios personajes musulmanes. Estos eran, el ministro de Estado en el ministerio del Interior, Chej Abdurrahman Abdi; el ministro de Comunicaciones, Salah Hinit, y el vicepresidente de Comercio, Abdurrahmen Mumen. Su presencia obedecía, tanto a fines efectistas ante la Prensa de las capitales árabes como a los deseos de conciliarse, a los inquietos secesionistas musulmanes de Eritrea, Ogaden, y las tribus gallas, dentro de la misma Etiopía.

Las conversaciones de El Cairo, entre Haile Selassie y Abdel Nasser, se desarrollaron en términos de gran cordialidad, siendo evidente que se hiciesen mutuas concesiones (aunque no reveladas ni publicadas). La R. A. U. se ha desentendido de todas las actividades ejercidas por los separatistas etíopes emigrados, al mismo tiempo que en el comunicado se decía: «S. M. el emperador Haile Selassie ha expresado su apoyo a los derechos legítimos del pueblo árabe de Palestina, en el cuadro de la Carta y los principios de las Naciones Unidas». En las declaraciones comunes del mismo comunicado, también se hacía constar que las dos partes reafirmaban su apoyo al pueblo árabe de Aden y los protectorados ingleses en las costas contiguas, pidiendo la aplicación de las normas de la O. N. U. para la autodeterminación en toda Arabia del Sur. Ha de anotarse que antes de conversar con Abdel Nasser, el Negus había tenido que suprimir una de las etapas esenciales anunciadas en su recorrido; o sea, la del Iraq, puesto que allí la propaganda hecha por somalíes y eritreos emigrados había creado cierta prevención. Luego, en Beirut, provocaron gran revuelo unas frases de Haile Selassie, encomiando «lo histórico y tradicional de las buenas relaciones abisinio-israelitas» (aunque el emperador trató de hacer una casi-rectificación).

El comunicado conjunto egipcio-etíope reveló un cambio acelerado en la arabofilia e islamofilia oficiales del Negus, que expresó un paralelismo inesperado con los puntos de vista esenciales de la R. A. U. Pudo ser por borrar el anterior efecto frío de sus etapas en el Líbano y Jordania. Pudo ser por comprobar que El Cairo es el mayor punto de atracción actual para los políticos de los países que rodean a Etiopía (Sudán, Somalia, Tanzania, Arabia del Sur, etc.). Y pudo ser, asimismo, porque en las escalas africana y mundial, Haile Selassie necesitaba sustituir su vago neutralismo verbal de no meterse en

conflictos (del mismo modo que los otros países vinculados por la O. U. A.), para dar paso a un estilo no-alineación más enérgico. Es que la Organización de Unidad Norteafricana, que tiene su sede en Addis Abeba, languidece y parece que se va apagando, por lo cual Etiopía necesita plataformas de acción más dinámicas. La visita oficial que Haile Selassie hizo a Belgrado al fin de octubre inmediatamente después de haberse terminado en Nueva Delhi la que fue citada como «cumbre chica» entre Tito, Nasser y la señora Indira Gandhi, no sólo tuvo por motivo informarse personalmente de lo que Delhi se había hablado, sino mucho más fue para que Etiopía quede en primer lugar entre los protagonistas de cualquier posible nuevo congreso mundial de neutra-listas a la moda de Bandung,

La referida Conferencia Cumbre de la O. N. U., desde el 6 de noviembre, resultó un verdadero fracaso, no sólo por la derivación de enviar mediadores para el incidente entre Ghana y Guinea, sino porque no se llegó a tratar ninguno de los asuntos incluidos en el orden del día. Fueron admitidos como nuevos miembros Botswana y Lesotho, lo cual elevó el número de países asociados en la O. N. U. a treinta y ocho. Pero no se llegó a hablar de ninguno de los conflictos y diferencias en el Continente africano (pleitos pendientes que ascienden ya a veinticinco), y, por otra parte, varios de los Jefes de Estado que acudieron a Addis Abeba, decidieron salir de ella un día o dos antes de lo proyectado.

Se ha demostrado que la Organización de Unidad Africana carece de todo medio para lograr que sus acuerdos se cumplan. Una de las causas es la oficialidad estricta, que hace de la O. N. U. sólo «un club de Estados», pues disertan sobre los problemas, pero no han logrado imponerse, ni siquiera en las mediaciones de pleitos de fronteras (como los que existen entre Marruecos y Argelia, entre Costa de Marfil y Ghana, entre Kenya y Somalia, etc.). Otro inconveniente es que los estatutos de la O. U. A. consagran en teoría la inmutabilidad de los límites territoriales que dejaron las potencias coloniales en sus ex colonias. Sin embargo, es evidente que Africa necesita de reajustes geográficos en unidades más coherentes por grupos regionales.

Algo de esto es lo que desde Egipto se ha iniciado, con sus nuevas tendencias de «irradiaciones nilóticas», que hacen cada vez más intensas las penetraciones ideológicas de El Cairo hacia Jartum, hacia Mogadiscio, hacia Dar es Salam. Pero es que hacia el lado oriental del «cuerpo africano», lo mismo que en todo el litoral de Arabia peninsular, es precisamente el mar Rojo el que reúne a sus pueblos.

Físicamente, todos los sectores técnicos que se ocupan, tanto de la geografía física como de las trayectorias geopolíticas constantes en el Próximo Oriente y regiones vecinas, siempre han venido coincidiendo en que la parte «blanca» o norte-sahariana del continente africano forma con Arabia y sus anexos un conjunto físico, natural y homogéneo. Por el lado de Africa, tanto la áspera continuidad del desierto de Libia como los pantanos herbáceos del Alto Nilo y las fallas hundidas que van desde los altos lagos hasta el corazón de Palestina y Siria, hace que todo el lado africano del Este dé la espalda al Africa negra y se asome para emparejar con las tierras altas de Arabia. Sabido es que las montañas de Abisinia y Yemen interior se corresponden, y que es yemenita la dinastía reinante en Addis Abeba. En la costa africana del mar Rojo no hay negros, sino «hombres rojos» o quemados del sol (es decir, sudano-etíopes). Y las dos bocas de Suez, con el Bab el Mandeb, hacen del mar interior casi un lago entreabierto.

Por todo ello, los actuales regímenes del lado Oeste en ese mar, es decir, del nilótico, están buscando desde 1965 la articulación con el lado de enfrente (el de Arabia). En el Sudán, tanto el anterior gobierno de Mohamed Mayub como el actual de los mahdistas, han enviado misiones especiales de amistad a Riyad, Sanaa y Addis Abeba (además de El Cairo). En Somalia, el árabe es uno de los tres idiomas oficiales u oficiosos, junto al italiano y al somalí; pero, además, El Cairo constituye el punto mayor de afluencias de los estudiantes locales. En Tanzania, uno de los mayores sectores de población abierto a las influencias egipcias, el de sus trescientos mil musulmanes, que en gran parte son intelectuales y comerciantes.

Al margen de los actuales proyectos de combinaciones regionales, o «grupos de trabajo», sea alrededor del mar Rojo, o sea, apoyadas en la cuenca del Nilo, tuvo un doble interés de novedad y dinamismo el llamado «Coloquio progresista panafricano», celebrado en El Cairo, entre el 24 y el 30 de octubre. Sus organizadores lo definieron como «seminario de confrontación de experiencias sobre los medios y las circunstancias de evolución de los pueblos africanos, emancipados y por emancipar». Asistieron partidos oficiales de oposiciones procedentes de veintiocho países (entre ellas, cinco de países árabes). El coloquio fue organizado por la revista egipcia *At-Talia* (La Vanguardia) y por la checoslovaca, *Nueva Revista Internacional*; pero sus debates y sus conclusiones no fueron de ataques violentos, sino de cambios de impresiones políticas, económicas y sociales. Resultó interesante el mensaje de saludo que Abdel Nasser

envió a los congresistas, haciendo votos por las emancipaciones y elevaciones del nivel de los pueblos africanos y asiáticos en vías de liberación.

Los diarios de lenguas extranjeras que se publican en la metrópoli egipcia, así como los círculos de opinión política internacional del Próximo Oriente, comentaron el mensaje del «leader» de la R. A. U., diciendo que procuren ampliar el horizonte de sus influencias, coordinando las reivindicaciones de los núcleos más dinámicos, africanos y asiáticos, con vistas a dar bases más populares a los futuros congresos de países no alineados y para influir en las Naciones Unidas. Pero la causa inmediata puede ser más reducida y apoyarse sobre el tema más espinoso del mar Rojo; es decir, el del Yemen.

Es evidente que en el Yemen está el sector geográfico más africano de Arabia, o el trozo más árabe de Africa etiópica, puesto que ambos lados se asemejan y se prolongan. Ocurre allí algo semejante a lo del Estrecho de Gibraltar, donde a la vez se cortan y se continúan las sierras andaluzas y las del Norte marroquí. Gracias al Yemen que fue en otros tiempos «la Arabia feliz», toda la península arábiga, hasta la depresión mesopotámica por arriba y las sierras de Kurdistan, constituye un sector físico mixto entre Africa y la gran Eurasia. por un lado; igual que la península Ibérica es algo mixto entre africano y europeo, por el otro lado... Como en lo político la clave consiste en el paso del Estrecho, junto al cual está Aden, no es extraño que Inglaterra se quedasen con Aden, cuando vio que en Egipto se abría el paso de Suez, para dominar así el acceso a Egipto, que está en Bab el Mandeb precisamente. Y así ahora es lógico que cuando Inglaterra se dispone a evacuar aquel Suez, Egipto quiera reemplazarla.

Esta independencia física entre Suez y Aden ha sido la verdadera causa de que Gamal Abdel Nasser interviniese en el Yemen, en la primera ocasión que tuvo, y haya llegado a mantener allí un cuerpo expedicionario de hasta 90.000 soldados (aunque, según parece, ahora sólo quedan 70.000). El presidente egipcio ha manifestado varias veces que no piensa repatriar esas fuerzas hasta después de que obtengan su independencia los territorios ahora británicos de las zonas de Aden; precisamente para evitar el desorden que se produciría si al irse los ingleses quedaba una especie de vacío. En cuanto al sector fronterizo de la guerra de guerrillas entre los yemenitas apoyados por Arabia Saudita y los yemenitas republicanos que apoya Egipto, las hostilidades son por el momento escasas y casi sólo latentes, pues ambas partes lo que más desean es seguirse sosteniendo, hasta esperar el momento en que al irse Inglaterra se vea cuál de los Estados árabes la heredará. Las mayores ventajas egipcias son las de



ocupar aún más territorios y las ciudades importantes (además de que el Yemen republicano es el oficialmente admitido como miembro en la O. N. U.). Pero, en cambio, hay el inconveniente de que entre los republicanos yemenitas cunde el descontento hacia el régimen del mariscal Sallal, considerado como muy duro. Para paliar un poco ese descontento, los egipcios han instalado en Sana una Comisión Consultiva de la Organización Popular Yemenita; comisión que tiene funciones consultivas y arbitrales entre el Gobierno y los adeptos republicanos.

En último término, si la R. A. U. se sostiene en Sana y logra desbordarse por aquel Sur, es seguro que El Cairo será el mayor poder influyente en el mar Rojo y el Africa del Nilo. El acierto actual de Abdel Nasser es haber reducido la escala bélica y las cargas económicas de su acción en el Yemen, para crear una casi silenciosa permanencia defensiva. Pero solamente con este arraigo semiestático, los gobernantes árabeunidos están logrando que a fines de 1966 se dirijan hacia El Cairo sectores que estaban tan desviados, como, por ejemplo, el de los puritanos sudaneses de Omdurman y el de la Corona monofisita del Negus Negesti en Addis Abeba.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

